

Vicente Salas VÍu

Figuras y figuraciones literarias



A solicitud, que no merecen estos escritos, de unos amigos me ha llevado a sacarlos del olvido en que estaban para ofrecer en junto los rastros de una labor dispersa y más que pasada. Tan pasada como que parte de estos trabajos corresponden al período de 1931 al 35, en el que como crítico literario los hice para «El Sol» de Madrid. Otros aparecieron igualmente por ese tiempo en revistas. No he podido incluir ni uno solo de los que escribí para «Cruz y Raya», «Nueva España», o «El Diablo Mundo», porque de la primera no he podido hallar colección alguna completa y de las otras aun ni incompleta. Quizá por no tenerlos a la vista piense ahora que eran mejores algunos de los de aquellas publicaciones que los aquí seleccionados. Porque confieso que a éstos los recordaba también como mucho mejores de los que son y les atribuía cualidades que al releerlos no les encuentro por ninguna parte. ¡Y qué lejos están ya de uno estos comentarios!

Pensé en un principio, antes de volver a publicar estos trabajos, rehacerlos en todo lo que se me antojaba deleznable, pero desistí de la idea apenas me puse a realizarla. ¿Qué derecho tenía yo a torcer y retorcer el juicio de quien esto escribió, de ese otro que fuí y hoy me es tan extraño? Por otra parte, ¿qué quedaba de ellos si los amoldaba a un punto de vista tan distinto al de entonces como el mío de ahora? Precisamente si algo tienen de bueno es el ser lo que son, responder, de la cruz a la fecha, a un estado del ánimo y a una manera de ser deter-

minadas frente a ciertos problemas. ¡Valgan como están antes que incurrir en mixtificaciones!

En cuanto al interés que pueda tener su publicación renovada, a que pueda haber alguien, excepción hecha de los que con su amistad me inducen a reunirlos, que encuentre gusto a su lectura, son tantas ya las cosas en que uno no encontrado nunca satisfacción y que han satisfecho las que más a los otros, que ni sobre lo salido de mí me atrevo a pasar de cierto relativismo en mis juicios literarios. Extremando la sinceridad, aun tengo que decir que no me parecen estos artículos tan despreciables como parece colegirse por las anteriores líneas cuando los considero fuera de mí. En una palabra, a mí, como míos, nada me interesan, pero me parecen aceptables cuando los considero de otro, hasta de *ese otro* que los hizo en un tiempo.

En fin, no hay que dar mayor importancia a la que tienen cosas de tan poca. Ahí están estos viejos papeles míos tal como fueron, si es que esta razón de ser aun les vale, querido lector que me sigues en mis trabajos; juzga tú de su fortuna.

Una última salvedad quiero hacer: de entre estos artículos el que se titula «Dos Recuerdos», fué escrito después de la guerra de España; quiero decir, que se despegó de los otros en la justa medida en que está cerca de mi sentir actual. El de Unamuno, inédito, lo había hecho para un número que no llegó a salir de «Hora de España» en homenaje al maestro, el de Machado lo publicó «Aurora de Chile» apenas llegué al país. Que sirvan de pórtico por encima de toda figura o figuración literaria las de estos dos escritores los más grandes y los más hondamente españoles de este tiempo en España.

DOS RECUERDOS

MIGUEL DE UNAMUNO

Había leído gran parte de sus libros; los había devorado, más bien, por la pasión con que lo hacía. Incluso «El sentimien-

to trágico de la vida» fué seguido por mí de cabo a rabo, a pesar de que me era tan fatigosa aquella lectura de la que no comprendía más que parte. Era de verdad angustioso ir por aquel mundo de continuo perdido en sombras pasando de pronto de las más densas a una luz dura, hiriente. Y, sin embargo, quizá por esto mismo, le cobré enorme estima: con mayor fuerza que ningún otro de los suyos me daba la imagen para mí más verdadera de Unamuno, la de su contradictoria, su agoniosa filosofía.

La admiración que desde tan muchacho sentí por el maestro me hizo buscar con verdadera fiebre todas las muestras de su genio. Al tiempo que volvía sobre sus libros y el sentido de éstos se me aclaraba, no había artículo de periódico ni resumen de conferencia de él que pasara para mí desapercibido.

También varias veces estuve a punto de conocerle personalmente, pero era cosa que al mismo tiempo deseaba y temía. Había fantaseado demasiado sobre él para que en mí no se encontraran ambos sentimientos.

Una vez me lo tropecé por casualidad en la calle. Me miró de frente como si me conociera de alguna parte, y me atreví a saludarle. Recuerdo la alegría que me dió un hecho tan sencillo como que correspondiera a mi saludo con una inclinación de cabeza de simple cortesía. Luego tuve la honra de ser uno de los que más gritaron aquel día famoso de su llegada a Madrid después del destierro, en que tantos palos hubo y en el que a mí me correspondieron unos pocos. Más tarde ya, me lo encontré de vez en cuando en una parte u otra, en las conferencias del Ateneo, en actos políticos, literarios y de política literaria, etc., etc. Había perdido aquel respeto religioso,—aquella admiración terrible entreverada de miedo,—que le tenía de mi adolescencia y, por el contrario empezaba a poder verle sin espanto, en toda su profundidad.

Un día, un pretexto cualquiera me llevó a visitarle en su casa de la calle de Zurbano, en Madrid. No sé qué Universidad

americana necesitaba un autógrafo del maestro y tampoco sé muy bien por qué se me comisionó a mí precisamente para pedírselo. Lo cierto es que fui allí y de manos a boca en el rellano de la escalera me encontré con Unamuno que en persona había salido a abrirme la puerta porque no había nadie más que él en la casa.

Estuvimos charlando un largo rato. Era un español de cuerpo entero, sabía hablar de las cosas más intrincadas con aquel admirable tono familiar suyo que me recordaba cuando alguna vez había visto hacerlo a los campesinos de las cosas más hondas de la naturaleza como de problemas de casa. Me repitió alguna de sus ideas sobre el engañoso razonamiento matemático en el que decía es tan fácil urdir una buena trampa; de las que tiende la lógica, y de Música. Al hablar mal de ésta y de las matemáticas tenían sus críticas un verdadero aire de murmuración. Hablaba de las cosas, de las ideas mismo, como de algo real y concreto, cobraban por su palabra tal corporeidad que parecía como si al criticarlas en algunas de su partes, lo hicieran de auténticas cualidades *personales*. Porque como de personas parecía que hablase. Era frecuente en él este hacer cuestión de tejas abajo de todas las abstracciones y fantasmagorías, ese vagar por los aires en que se pierde el neblinoso pensamiento de los filosofantes al uso. Poseía como nadie la visión directa, realista de las cosas que fué siempre condición de nuestros pensadores, desde Santa Teresa al propio Unamuno.

Quizá por esto acudía yo con tal frecuencia a Unamuno para ver de explicarme en su raíz más pura la congoja en que se debatía mi patria. No tenía asidero más firme ni tampoco mejor punto de referencia que él para encararme con nuestra realidad desnuda. Si como muchos otros muchachos había acudido por un afán de *ilustración* hacia otros glosadores de los «temas de nuestro tiempo» una ley de necesidad me impelía hacia Unamuno para explicarme a España.

Mucho fué lo que aprendí de Unamuno como ser moral,

hombre de recto pensamiento y corazón en llamas. En lo que me afectaba como escritor que quiere serlo, la admiración que sentía por su obra fué el sostén más firme de mi vocación en todos los vaivenes y angustias sufridos para ir lográndome aquello que a mis escasas fuerzas era posible.

Toda la confusión social, la tolvenera de la vida pública y privada de todos los españoles por los años de final de la dictadura, se retrataba fielmente en aquella literatura formada del desecho del surrealismo y en la otra que aun se tenía por más de «vanguardia», mecanicista y antisentimental, la del arte deshumanizado. Qué lejano ya todo aquello, aunque a penas hayan pasado ocho años desde entonces. Lo cierto es que en medio de tan terrible confusión, perdido en ella y más que perdido por la ceguera con que me arriesgaba a una y otra tendencia sólo pude salir del laberinto que por no haber dejado nunca de tener los ojos, aunque sólo fuera como elemento de contraste, puestos en Unamuno. Frente a un lirismo enfermizo que emblandecía nuestra prosa, la lección de la descarnada suya; frente a las originalidades de encargo, cuyo truco tan fácilmente se advierte, la de quien tiene por uso decir todos los días la verdad. Precisamente esta lucha terrible de Unamuno por decir justo lo que quiere, porque no se mezcle a la imagen que busca de las cosas nada convencional ni pegadizo, es lo que más me ha conmovido siempre en sus páginas. Su desesperado afán de sinceridad, resaltaba aún más en aquel confuso medio que digo y en definitiva constituía toda una lección de honradez en el escritor que no podía pasar desapercibida para los que entonces comenzábamos a entregarnos a este oficio.

El miedo unamunESCO a lo convencional, a la imposición inconsciente de lo establecido, a no ver más allá del cerco de lo que es tenido por bueno, que alienta en todos los grandes personajes en sus obras, fué manantial de rebeldía en que alimentamos las propias muchos de los españoles que entonces nos alzábamos contra la caduca España tradicional.

Pocos hombres habrán peleado con más brío por la verdad, frente a decaídos y embusteros modelos, que este escritor, y si no ahí están sus hirientes paradojas para demostrarlo. ¡Qué maestría la suya, qué certeros golpes los que por ellos ha asesado al pudridero nacional! Ninguno de los hombres del 98 ha podido igualarse con Unamuno en su manera de combatir la carroña de España, ni nadie se atrevió a poner el dedo en la llaga purulenta a la hora que había que ponerlo con tanto valor como él lo hizo.

Cuando aciagas circunstancias, en los postreros días de su vida, lo colocaron entre gentes que sorprendiendo primero su buena voluntad, quisieron luego amoldarle a las conveniencias de un régimen que le repugnaba, el maestro supo estar en su puesto y acogerse a la muerte cuando por ella sólo podía mantenerle.

ANTONIO MACHADO

Los fascistas cerraban su ofensiva sobre Barcelona; se combatía ya en el Llobregat y no tardarían mucho en oírse las explosiones de la artillería en los arrabales.

Era el 15 de enero, un Domingo invernal, con un sol apagado, ceniciento, para engañar a nuestro cansancio después de tomar aquella especie de sopa de nada que fué toda nuestra comida, fuimos mi mujer y yo hacia la Bonanova a ver a Machado. Significaba un buen paseo subir allá arriba, poco menos que a Sarriá, a pie como había que hacerlo, porque los tranvías casi ya no circulaban. Desde la pérdida de los embalses de Balaguer la fábrica de electricidad marchaba tan sólo a fuerza de carbón, era poco el que teníamos y había que economizarlo para las industrias de guerra. Pero ya digo que el esfuerzo que había que realizar para llegarse hasta aquella casa de las afueras era para nosotros más que nada un estímulo. Frecuentemente en medio de la terrible fatiga, del hambre cotidiana, se obligaba a uno a tales pruebas para comprobar que todavía era capaz de ellas,

que no estaba del todo muerto. ¡Podían ya tanto sobre el ánimo desesperado los trabajos que antes no servían sino para mantenerle recio en la lucha!

La casa donde vivía Machado era un desvencijado palacio con un jardín que el descuido hacía hermoso. Sus avenidas estaban por completo cubiertas de hojas secas, los arrayanes se vencían sobre las sendas, las ramas muertas se pudrían al pie de los árboles, o a medio caer, tronchadas, colgaban de ellos, la mudéz de las fuentes hacía aún más denso el silencio que se ceñía a todo.

El poeta con su madre y un hermano habitaban la planta baja del palacio y en los cuartos de arriba vivían un par de familias de refugiados, un tropel de chiquillos que se perdía por los campos cercanos en busca de no sé qué hierbas para comer, probablemente uno de aquellos ilusorios alimentos que hubo que inventarse durante la guerra. Nos recibió en una sala alfombrada de esparto con unas ridículas pinturas en las paredes, buena muestra del mal gusto del que fué su dueño. Había allí otros varios amigos: el profesor Xirau, un poeta catalán cuyo nombre no recuerdo, un soldado amigo mío, el musicólogo Torner y otras cuatro o cinco personas. Torner había tocado al piano unas Sonatas de viejos maestros españoles que acababa de transcribir, y en cuyo estudio trabajaba entonces, y se comentaba la influencia que aquella música pudo tener sobre la de Scarlatti cuando visitó España, y sobre sus famosas Sonatas para clave. En efecto, algunas de aquellas otras, tan anteriores en el tiempo a las del maestro italiano, guardaban con ellas tan gran semejanza que parecían escritas por su mano. Torner ilustraba sus palabras repitiendo pasajes, comparando unos con otros y, de tiempo en tiempo, todo se dejaba para oír aquella antigua música, tan en la entraña española. Don Antonio Machado, en un rincón junto al piano, la escuchaba, y los olmos del Duero, las encinas del seco campo castellano, el azul de las sierras contra la tierra oscura de labor, el viento que se afila

entre los álamos, volvían temblorosos a su recuerdo. Estaba terriblemente envejecido, acabado por el sufrimiento de los últimos días y aquella emoción le reanimaba y hacía brillar sus ojos como el fuego en la ceniza.

Sólo una vez se habló de la guerra, de la angustiosa situación de los frentes y de la amenaza que de nuevo, como en noviembre, se cernía sobre el corazón de la República. «Estaremos donde haya que estar», dijo Machado, dispuesto como siempre lo estuvo a sufrir sin regateos las amarguras, el dolor que se nos reservaba a los españoles verdaderos.

De allí a poco me volví al frente, y nada supe de nuestro gran poeta hasta meses después. Fué por los días de mi llegada a París desde el campo de concentración. Una tarde me contaron cómo había cruzado la frontera y compartido con el pueblo todos los horrores de la evacuación, y cómo había muerto en Colliure, un pueblecito de Francia. Qué gran ejemplo de lealtad hasta la muerte el de aquel pobre viejecito enfermo, debilísimo, pero en quien tan vivo ardía el amor a su España.

FLAUBERT, AGUA MANSA DE LA NOVELERÍA

Por más que pretendiera Flaubert que apenas existiese contagio en la realidad de sus novelas de la propia realidad, este no deja de advertirse. Fueron inútiles todos sus esfuerzos, heroicos en cierto modo, por impedirlo. Bien es cierto que aquel grado de impermeabilidad que Flaubert apetecía para sus novelas respecto de sí, es imposible de obtener. Tan imposible, que ni un Flaubert logró alcanzarlo. Y es él mismo que tiene un día que confesar: «Madame Bovary soy yo», aunque se propusieron al trazar esta novela hacer un libro en que el «asunto, personajes, todo, este fuera de mí», según escribía a Luisa Colet.

No digamos hasta qué punto este mismo propósito se frustra en «La Educación Sentimental», en la que no sólo ya el es-

critor encarna, por entero, en su personaje, sino que hasta en la acción de la novela pugnan por asomarse retazos de su vida.

Este Federico Moreau, que despegado de cuanto lo rodea mira perezosamente desde la borda cómo las riberas se desarrollan como dos cintas cuando el barco abre marcha; este Federico Moreau que si sale de su ensimismamiento es para perderse en Dios sabe qué ensoñaciones, es la estampa viva de Flaubert, perenne navegante por un río tan tranquilo de aguas tan mansas, como el del lánguido viaje con que se inicia su «Educa-
ción Sentimental!». Como aquél, resbalo sobre el curso de la vida, dejándose llevar y apenas prendido de su deleite en contemplar las cosas. Gustaban ambos de posar sus miradas sobre las mismas repetidas perspectivas vistas miles de veces, y que les iban entregando su secreto, tan escondido para los demás, poco a poco.

A cada recodo en el curso del río avanza hacia la corriente idéntica punta de tierra arenosa, en la que los álamos se apiñan. Luego es una playa estrechísima, que tiende su visión monótona un cierto tiempo a lo largo del agua. Y allí, sobre el blanco lomo de una colina, el caminito que serpea entre la hierba hasta perderse por la ladera. El adolescente que pervive refugiado en lo más hondo de su espíritu se enternece con esta imagen que despierta en él tantos vagos anhelos. Irían ella y él—y ella es aún la inalcanzable de los románticos—, enlazados, por esta senda que allí los aguarda; que para siempre ha de aguardarlos. Su cercanía no hace sino más ostensible la distancia tendida entre los dos. Este escenario vacío hace bien patente aquella dolorosa ausencia. Una neblina melancólica vela su imagen, que se va, río arriba, en el caer de la tarde, según el barco avanza. Como tantas y tantas que van pasando, día tras día, sin detenerse apenas. Federico o Flaubert, que más da, se esfuerzan por retenerlas. Y es muy laborioso conseguirlo.

El barco está quieto. Las riberas pasan, se desenrollan como cintas. «Entre la vista de su chimenea y la de su jardín»,

en su gabinete de Croisset atiende al fluir constante de su imaginar. No hace mucho regresó de un prolongado viaje por Oriente. No le gusta viajar. No es de los que encuentran placer en andar de un sitio para otro. Ni en un solo instante de aquellos días ha dejado de echar de menos su vida sosegada de Croisset, atenta tan sólo al sucederse de sus imaginaciones. Añoraba la mesa redonda de su cuarto de trabajo y hasta la extrema fatiga que éste le produce. Porque su trabajo no es nada placentero ciertamente. Estudia, analiza, anota detalle tras detalle. Pero se le escapa la imagen que tiene ante sí, quieta, inmóvil, como un cuadro. No logra atraparla. Es transparente y está llena de luz. Percibe hasta el menor de sus detalles. Está allí, a su lado mismo, muy junto a él. Pegada a sus ojos. Quisiera ser como un notario. Poder ir anotándola ordenadamente, punto por punto, en todas sus partes, hasta las más nimias. O si no, como un médico; mejor, como un médico.

Recuerda aquel patio de cadáveres del hospital de Ruán, junto a cuyas vidrieras jugó tantas veces de niño. ¡Si pudiera reducir a la inmovilidad de aquellos cuerpos sin vida sus huidizos, inquietos personajes! En esto, sí, su anatomía, lo que le interesa dejar trazado sobre la cuartilla. En una palabra, hacer su disección. Verlos fríamente parte por parte. Hundirse en sus entrañas hasta lo más hondo. Pero no, no puede. Se le escapan. Para tenerlos ya en la mano, y sin embargo, no es así. Comienza pacientemente de nuevo, y de una en otra vez se le van rindiendo hasta conseguir triunfar en absoluto de su resistencia. Ha logrado para sus ojos la fría escrutadora mirada del científico. «Madame Bovary», «La Educación Sentimental», «Bouvard y Pecuchet», todas y cada una de sus obras quedan como modelos de la novela de análisis. La objetividad, que tanto perseguía, ha sido conseguida hasta la última linde de lo posible. El la hubiera perseguido más allá aún pero supo del derrumbadero que se habría a sus pies de dar un paso más. Por advertirlo, dejó en pie una hermosa obra literaria.

AL LADO DE RAINER MARÍA RILKE

I

Nada agradecen tanto los ojos—los ojos en cuanto a ventanales por donde asomar el alma, los que cesaron de ver para contemplar—como esta visión del mundo en calma, de una tibieza medida que les ofrece el poeta Rilke. No sentimos al pasar por sus libros que se nos ensancha el paisaje. Ventana afuera, los montes y los ríos son los mismos, aunque los envuelva un distinto temblor. El paisaje no crece, sino nuestra mirada. Son los ventanales los que se pierden a lo largo, hacia lo sin fin. Es la balaustrada en que nos apoyamos la que se tiende sin límites. Y como dije, nada agradecen más los ojos, Tanto, que querría uno, como en esas dos o tres raras ocasiones en toda una vida, estar aquí siempre, en este mismo miradero. Más todavía: hacer del estar un ser. Permanecer aquí sin pasar nunca. Por ello nos llama con tanta fuerza el poeta; por eso querríamos hacerlo íntimo, entrañable. Nos sobrecoge el pensar que esta su poesía puede tener un transcurso y que no sea una realidad tendida en lo eterno. Para estar así siempre, sin moverse, con los ojos tan abiertos, que no se los sienta; más que desorbitados, sin órbitas, diluídos en mirada nada más.

El poeta en este diario por el que hemos de volver tantas veces, en estos cuadernos de Malte Laurids Brigge, ha extraído de las cosas la esencia. Y eligió el recoger la esencia, no de la flor ni del aire que a esta rodea, sino de los objetos en que estaba depositada. Mejor, más concentrado es su hálito, más hondamente, si bien con no menor sutileza, nos embarga su aroma. Extrajo esta esencia de donde él tan sólo podía encontrarla: de los recuerdos en que se ha remansado, de las vestiduras antiguas que en ella hubieron de impregnarse. También—¡y con qué valor!—de las cosas que pasan por en medio de las calles

en la vida de todos los días, insignificantes a todos; tanto, que hasta ellas viven un poco ausentes de sí mismas y su personalidad nace de este contrasentido.

A pesar de que el poeta goce en lo caddizo, en lo declinante es el aire grave y limpio de su gesto el que hace en torno suyo esta claridad equilibrada, sin medias tintas. Nada le faltó para poder ser un «exquisitos» y un decadente, pero no quiso serlo; con elegancia se apartó del derrumbadero y supo mantenerse en el confín, rodeado de una luz tibiamente alegre; en él, el frescor de la sombra se presiente, como cuando, cercano el otoño, ya el sol nos huele a la humedad de la lluvia. Pero la sombra nos lo gana para el mundo de las tinieblas.

Antes de conocerte, Rainer María Rilke, hubo un día en que, rodeado de soledades, cuando la mesa, los cuadros, los libros del estante, y los ladrillos mismos del suelo, comparten con uno su soledad, cuando la propia se encuentra tan asistida por estas otras que vienen de las cosas, hubiéramos deseado ser, como tú, un cuadro perdido en la obscuridad de un corredor, con una mirada pensativa tendida sobre el mundo. Fué entonces cuando, al compás de un reloj que por siglos viene contando el tiempo sobre la chimenea apagada hace tanto; en una tarde fría, que aun más se hacía sentir en la quietud de aquel cuarto provinciano; con esa gravedad con que hay que hablar de ti, se me dieron las primeras noticias de tu existir.

(Continuará).